

El futuro es ahora: Reivindicación de la experiencia.

Bartra, Armando.

Cita:

Bartra, Armando (2016). *El futuro es ahora: Reivindicación de la experiencia. Tramas, 46, 383-390.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/armando.bartra/31>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pCd2/VdZ>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

“El futuro es ahora”

Reivindicación de la experiencia

*Armando Bartra**

Cuando entraban los contingentes al Zócalo todos guardaban silencio. Volteabas a ver a las miles de personas en silencio y muchos estaban llorando. Era un silencio tan solemne... Pero luego se escuchó el grito ¡#YoSoy132!, con tanta dignidad... Conmueve mucho...

Hay un compa que dice que este movimiento es lúdico y terapéutico, que sabemos que hay cosas inevitables, pero que cuando estamos juntos es menos peor. Una de las grandes aportaciones del movimiento fue sacarnos de la soledad... y darnos algo que nos habían negado a los jóvenes: tener comunidad.

MARIANA

(Muñoz, 2011:95)

Preámbulo

Alguien lee que Walter Benjamin se refiere al “tiempo de ahora”, que Giorgio Agamben se ocupa de las “experiencias trascendentes” o que yo invoco las “utopías vividas” y quizá las fórmulas le resultan llamativas. Pero, bien a bien, ¿qué es lo que designan?, ¿de qué hablan Benjamin y Agamben?, ¿de que hablo yo? Para aclararlo pondré a dialogar esos conceptos con el testimonio de una participante en el movimiento juvenil de 2011 que se llamó #YoSoy132 y que bien merece ser revisitado así sea en un único, breve y fugaz episodio.

* Profesor-investigador, Departamento de Relaciones Sociales, UAM-Xochimilco.

Mariana y el tiempo de ahora

Ciertos testimonios son iluminaciones. Relatos que al actualizar vivencias que he llamado utópicas (Bartra, 2015) convocan al “tiempo pleno”, al “tiempo de ahora” por el que clama Benjamin (2008). Recuperan experiencias inauditas de aquellas que Agamben (2010) considera “trascendentales” porque saltan fuera de la causalidad, porque interrumpen el curso necesario de las cosas. Momentos imposibles, éxtasis, epifanías, raptos que nos tocan a todos porque remiten a la *condición humana*, que no es una *esencia* sino una *experiencia*, precisamente la que en esas ocasiones se actualiza. Y que importan porque los compartimos: porque estábamos ahí, porque podíamos haber estado ahí, porque quisiéramos haber estado ahí.

El relato de Mariana es de esos. Recogido con muchos otros por Marcela Salas, Adazaira Chávez, Jaime Quintana y Sergio Castro en el libro *#YoSoy132. Voces del movimiento*, coordinado por Gloria Muñoz, el testimonio tiene dos partes, la primera rememora lo vivido en una manifestación juvenil de protesta ocurrida a fines de 2011 en el contexto de la campaña de Peña Nieto por llegar a la presidencia de la República, la segunda reflexiona sobre ese mismo movimiento. Y en sus dos partes el discurso, parco y elocuente, le pone palabras a un suceso compartido que al ser dicho —y sólo al ser dicho— cobra sentido y se transforma en una verdadera experiencia, en un potencial lugar común: punto de convergencia de los muchos que gracias al testimonio y lo que nos recuerda o lo que nos sugiere participamos de la iluminación.

El primer párrafo es también una alegoría. Freud quizá diría que el tránsito de la calle a la plaza equivale a salir llorando del útero materno. Pero no me refiero a eso. Quienes alguna vez, marchando en manifestación por la angosta calle Madero, hemos desembocado en la vertiginosa planicie del Zócalo sabemos de qué habla Mariana. Sabemos que la estrechura de Madero disciplina e impone un ritmo y un lugar en la marcha, mientras que la amplitud del Zócalo te permite desplazarte y buscar libremente tu sitio y el de los tuyos. Sabemos que en Madero el eco devuelve las consignas a quienes las gritamos, mientras que en el Zócalo el grito liberado se expande al infinito. Sabemos que la vieja calle de Plateros es un túnel, un curso oscuro y opresivo que sin

embargo desemboca en la utopía: en la anchurosa plaza mayor donde nos espera la desfajada y bulliciosa multitud, donde comprobamos que sí, que somos muchos –un chingo– y que estamos juntos.

Y se llora Mariana. Claro que se llora. Porque en ese momento transitamos plenamente del “yo” al “nosotros”. Un pasaje que no es estructural ni psicogenético ni histórico sino ontológico; una experiencia extática que nos confiere aquí y ahora –y mientras dure– la alucinante condición de seres humanos. Y es solemne, es conmovedor, es para llorar.

Lo humano no nos viene del *yo*, tan descascarado durante los siglos que siguieron a Descartes, ni tampoco del invocado pero con frecuencia hueco e indeferenciado *nosotros*. Somos humanos porque vivimos a caballo entre dos órdenes de realidad, porque habitamos en el filo, porque transitamos permanentemente del *yo* provisional al *nosotros* en construcción y de regreso. Un tránsito que casi nunca es terso, sino doloroso, desgarrador, peligroso y a veces mortal. Y de estos tránsitos instantáneos, de esta inestabilidad constitutiva está hecha la historia.

Hablo aquí de experiencias compartidas no de verdades racionalmente convincentes o lógicamente demostrables. En este punto no importa si algo vivido, si una proverbialmente dudosa percepción, se incorpora a la verdad porque la pasamos por el tamiz de las formas puras de la conciencia o porque puesta junto a otras la hemos procesado inductivamente para volverla ciencia. Lo que cuenta aquí es que el vértigo de una experiencia tenida sea compartible, sea comunicable, se vuelva logos. Ser humanos es vivir historias que valga la pena contar... y contarlas; sucesos fractales que al ser narrados y compartidos nos ubican en la historia, no en la cadena causal sino en la historia de las rupturas, de la imaginación ontocreadora, de la libertad.

Mito, rito, juego

Pero pasar de la inmediatez pre conceptual y pre verbal de la experiencia al relato estructurado y significativo, supone una construcción, una voluntad de forma que hace de lo experimentado no algo verdadero sino algo narrativamente verosímil, algo que parece verdadero o que merece ser verdadero. Lo que ya es mucho decir.

Y los grandes relatos, esos que nos ubican en el “nosotros” y nos dan historicidad, son metáforas, parábolas, alegorías, mitos fundacionales. Discursos que acceden a la universalidad no a través de conceptos sino de imágenes y que, por tanto, son densos y polisémicos (Lévi-Strauss, 1972:11-59). Narraciones-invencciones que al revelarnos la estructura de las experiencias auráticas nos permiten repetirlas en el rito. Actualizarlas en representaciones donde el pasado mítico –y todo pasado rememorado-estetizado es potencialmente mítico– se actualiza y por tanto deja de ser pasado; tiempo sagrado que es la experiencia más profunda del tiempo y a la vez la disolución provisional del tiempo en un presente absoluto: un aquí y ahora total que sin embargo no es eterno sino fugaz, efímero por su duración pero insondable por su profundidad.

Las manifestaciones de protesta son performances que tienen una dimensión ritual en tanto que actualizan un mito. Las marchas contestatarias son historia y metáfora de la historia; recorridos en cuyo curso los muchos se hacen uno y se apropian efímeramente del espacio público y del tiempo de ahora, es decir del mundo; trances extáticos donde se invierte el orden habitual de las cosas –que como sabemos están alrevesadas, de modo que se ponen sobre sus pies– y se hace posible lo imposible; carnavales societarios donde se profana lo sagrado, se burla al poder y se pierde el miedo; ceremonias por las que se restablece el orden cósmico fracturado por “el sistema”.

Alain Badiou sostiene:

El siglo (XX) ha sido el de las manifestaciones [...] La insurrección es la fiesta final del cuerpo del que se ha dotado el “nosotros”, la acción última de la fraternidad [De las proverbiales marchas dice que] es el nombre de un cuerpo colectivo que utiliza el espacio público (la calle, la plaza) para mostrar el espectáculo de su propio poder. La manifestación es el sujeto colectivo, el sujeto “nosotros” [...] una fraternidad visible [...] “Nosotros” estamos ahí y “ellos” deben tener miedo [Y concluye, recuperando el sentido ontológico que “manifestación” tiene para Hegel, que] el “nosotros” no es otra cosa que el conjunto de sus manifestaciones. En este sentido lo real del “nosotros”, que es lo real a secas, es accesible

a cada cual en y por la manifestación. A la pregunta: ¿qué hay de real?, el siglo responde: manifestar. Lo que no manifiesta no es (2005:139).

Lo dice Badiou y lo dice Mariana en la segunda parte de su testimonio. “Una de las grandes aportaciones del movimiento fue sacarnos de la soledad y darnos algo que se nos había negado a los jóvenes: tener comunidad”. Es decir darnos un “nosotros” bajo la forma de un cuerpo colectivo presente de bulto en las calles y las asambleas y no sólo de manera virtual en las “redes sociales”. Un nosotros conformado por irrenunciables individualidades, como se constata en el recurrente grito “¡#YoSoy132!”. Definición estrictamente personal que a la vez adscribe a un conjunto dado que después de los primeros 131 todos y cada uno de los demás somos el sartreano “grupo en fusión”, somos *El movimiento*. Fórmula que sintetiza muy bien la dialéctica entre el “yo” y el “nosotros”, pero que a algunos no les gustó porque emplear la primera persona para enrolarse en una causa colectiva les parecía individualista (;?).

Pero Mariana, o un compa de Mariana, también dice que “este movimiento es lúdico y terapéutico”. Y si lo segundo es importante pues llama la atención sobre lo que la acción colectiva tiene de cura y sanación, lo primero lo es más, porque la faceta juguetona del movimiento es lo que hace estallar la camisa de fuerza de su faceta ritual.

Para los de izquierda marchar por Reforma y Juárez y desembocar en el Zócalo por Madero se volvió una ceremonia cívica, una manifestación que es todas las manifestaciones y ninguna, no un intenso tiempo de *ahora* sino un rutinario tiempo de *siempre*, una recurrencia que en su circularidad termina por vaciarse de sentido y por anular la historia. En cambio el elemento lúdico, siempre presente en las manifestaciones juveniles, mete el desorden, desacraliza, profana y por tanto re-temporaliza, hace de cada acción colectiva una verdadera experiencia, un performance, un acontecimiento singular e irrepetible. ¿Te acuerdas? fue la vez que la pinche Congelada se cagó en Peña Nieto... Y así.

Interrupción y continuidad

Al reivindicar el tiempo de ahora, las experiencias trascendentales, los instantes fugaces habitados por la utopía, no le estoy sacando el bulto a la férrea cronología historiográfica. Claro que hay en la historia secuencias causales ponderables y hasta patrones que a algunos les parecen leyes. Como los hay en el movimiento de las bolas en una mesa de billar. Pero en el juego la magia se produce en el instante imponderable en que el taco golpea la esfera de marfil. Y así la magia de la historia se produce gracias al evento creativo, al acontecimiento imprevisible, irreductible, imposible...

Las vertiginosas interrupciones de la inerte secuencia cronológica, rupturas en las que se actualiza el “nosotros” y se hace la historia, son indispensables si no queremos ahogarnos en el torrente de la necesidad. Y es que, lo sabe Mariana, “hay cosas que son inevitables”: por ejemplo, que el sistema trastabillo pero no caiga y que –pese al #YoSoy132– Peña Nieto haya llegado a la presidencia. Pero Mariana también sabe que “cuando estamos juntos es mucho menos peor”. Es decir que la historia destino, la historia fatalidad, la historia locomotora, la historia inerte y cruel que nos impone “el sistema” puede ser descarrilada o cuando menos exorcisada por la irrupción del “nosotros”, por el estallido del tiempo presente.

Ya lo había descubierto Benjamin (2010): los movimientos sociales marcados por la “violencia divina”, nunca medios para alcanzar fines sino “medios puros” que son fines en sí mismos, devienen éxtasis, instantes auráticos que reúnen “en una grandiosa abreviatura, la historia toda de la humanidad”, son “la pequeña puerta por la que puede entrar el mesías” (Benjamin, 2008).

“El futuro es ahora” decía un grafiti del #YoSoy132. Y sí, el futuro –y el pasado– se hacen presente absoluto en las marchas y otros momentos colectivos, pues lo que vincula el ayer con el mañana no es la causalidad sino la *imaginación* que se alimenta de uno y otro. Imaginación política y poética que es seña de identidad de los verdaderos movimientos. De unas acciones colectivas multitudinarias que, bien lo sabemos, no siempre son eficaces en cuanto a realizar los objetivos perseguidos, es decir que no siempre cambian el curso de la historia, que en apariencia

sigue como si nada. Pero en vez de eso las insurgencias populares hacen posibles cosas de mayor trascendencia.

Al irrumpir, los movimientos auténticos *interrumpen*, fracturan el tiempo vacío del sistema y por un rato ponen en acto el tiempo pleno de la humanidad. Quizá participando en un movimiento no *hacemos historia* en el sentido causal y cronológico del término, pero *nos hacemos historia*, que es mucho más importante. Además de que las fracturas, las grietas, aun las que al principio parecen insignificantes, por lo general corren y a la larga terminan por colapsar los monolitos sistémicos.

Hay que atender a las “experiencias trascendentales”, dice Agamben, porque hacernos historia es “detener el tiempo”. Y continúa:

Las auténticas revoluciones [...] siempre fueron vividas como una interrupción de la cronología; pero una revolución de la que surgiera no una nueva cronología sino una transformación cualitativa del tiempo [...] sería la de mayores consecuencias y la única que no podría ser absorbida por el reflujo de la restauración. Aquel que (*sepa que*) la historia es su patria original [...] exigirá en cada instante esa promesa; ese es el verdadero revolucionario y el verdadero vidente, liberado del tiempo no en el milenio sino ahora (Agamben, 2010:151-152).

Tiempo pleno, tiempo de ahora, tiempo utópico, tiempo otro que esa tarde vivió Mariana y que vivimos todos cuando un día entramos en silencio al Zócalo y descubrimos que éramos miles y que estábamos llorando.

Bibliografía

- Agamben, Giorgio (2010). *Infancia e historia*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, Editora
- Badiou, Alain (2005). *El siglo*. Buenos Aires: Manantial.
- Bartra, Armando (2015). *El hombre de hierro. Límites sociales y naturales del capital en la perspectiva de la Gran Crisis*. México: Itaca/UAM-Xochimilco.
- Benjamin, Walter (2008). *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. México: Itaca/UACA.
- (2010). *Crítica de la violencia*, Madrid: Biblioteca Nueva.

- Lévi-Strauss, Claude (1972). “La ciencia de lo concreto”, en *El pensamiento salvaje*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Muñoz Ramírez, Gloria (2011). “Desinformémonos”, #YoSoy132. *Voces del movimiento*. México: Ediciones Bola de cristal.